Un sí de la niña se perdió en la distancia, á la vez que el último pliegue del elegante traje y la postrera ondulacion del velo de gasa azul que guarnecia el sombrero de lady Sheridan.

II.

A las nueve y media de la noche el conde de Royé y su amigo el príncipe de San Servando salian del gabinete del primero, donde habian estado fumando, empezando á ponerse los guantes blancos, que era de necesidad para toda funcion nocturna, no habiendo aún sido reemplazados por el grís claro y suave que hoy usamos.

Ambos vestian completamente de negro, resaltando, á causa de lo sombrío del traje, la azulada blancura de la camisa y de la corbata.

—María debe estar ya acabándose de vestir,—dijo el conde;—y por si acaso viene alguno antes de la hora señalada, bueno será, querido Jorge, que nos instalemos aquí.

—¡Qué feliz eres!—exclamó el príncipe mirando á su amigo;—¡qué ángel te ha tocado por compañera!

—María es muy buena y tiene mucho talento; pero eso no quiere decir que yo haya hallado acá abajo la dicha suprema.

—¿Qué te falta, pues?

—En primer lugar, los hijos que he perdido aun antes de nacer, y la esperanza de tener otros: despues...

—Despues ¿qué?

—¡No quisiera que mi mujer fuera tan perfecta!

—¿Qué dices?

—María tiene la naturaleza más atractiva y más simpática que yo he conocido: su organismo de artista es como el iman: ella no ve las adoraciones que se elevan en torno suyo, y que la siguen, pero yo sí.

—¿Estás celoso?

—Siempre lo estoy.

—¿De quién?

—Hoy mi dolor tiene objeto y positiva forma: hoy estoy celoso de ese hombre que nos ha venido siguiendo desde París!

—¿Del brasileño?

—Justamente.

—¡Locura! tu mujer ni siquiera le mira.

—Ya lo sé; pero yo veo lo que hace.

—Lo único temible, á mi parecer, es que es diabólicamente hermoso.

—Eso me desespera, porque María, aunque muy inocentemente, ha notado ya esa belleza.

—¿Aun estamos solos?—preguntó una dulce voz al lado de la puerta; y tras la pregunta, la jóven condesa de Royé entró en el salon.

Su marido y el príncipe lanzaron, al verla, un grito de admiracion.

Estaba toda vestida de seda blanca y encaje, y algunas rosas con follaje verde, componian el ornato del traje: un peinado lleno de gracia hacia resaltar la profusion de su cabellera dorada, en la que habia algunos diamantes y dos rosas como las del vestido.

—¡Trabajo tiene la artista si te ha de oscurecer!—dijo el conde asiendo una mano de su mujer y mirándola con una expresion extraña de admiracion y de amargura.

—Tan linda estoy,—repuso ella yendo á colocarse delante del espejo con una coquetería completamente infantil.

—Demasiado,—murmuró su marido

—¡Lady Sheridan!—anunció un criado.

—¡Clarisa!—¡Qué bella estás!—gritó la condesa corriendo como una niña al encuentro de su amiga.

En efecto, jamás la belleza de las inglesas rubias, tornasoladas y blancas habia estado representada más dignamente.

Lady Sheridan llevaba un vestido de raso azul, y sobre este, otro de crespon de igual color. La hermosa masa de sus cabellos se hallaba prendida con algunas camelias blancas de tamaño pequeño, ménos satinadas que su arrasado cútis; sus ojos azules eran de un matiz más puro

que su vestido. Toda la belleza y galanura de sus formas, lucia de un modo admirable con el escote de su traje, aunque lejos de ser exajerado, fuese más bien modesto y decente. Algunas blondas velaban la parte superior de su brazo, que iba adelgazando con suma perfeccion, hasta concluir en una muñeca de una delgadez casi infantil.

Aquella belleza de primer órden, aquella mujer jóven, hermosa, rica y alegre, tenia en toda ella una perfeccion de castidad y de pureza que no era el menor de sus atractivos. Acaso aquella virtud era el resultado de un temple de alma fria y por lo mismo muy feliz. Su virtud sin lucha acaso era tambien *sin mérito*, segun la expresion de Moliére. Casada con un hombre que la triplicaba la edad, Clarisa no habia conocido más amor que el de madre, con que habia querido tierna y sinceramente á su marido.

Conocíase que ni deseaba inspirar pasiones, ni era tampoco muy capaz de sentirlas. Sinceramente religiosa, aspiraba, sin embargo, á todos los goces de la vida; amaba la buena mesa y sentia en ella tanto placer como dando á un pobre una moneda de oro; amaba el lujo que era como su cuadro natural y disfrutaba de todos los bienes de la vida con alegría y dando gracias al buen Dios que se los proporcionaba.

—Cuando una amiga nos regala una joya,—de-

cia ella, la usamos para complacerla, y la manifestamos tenerla en gran estimacion. ¿Qué joya hay más rica y más estimable que la salud y una fortuna cuantiosa? ¿Y por qué no hemos de demostrar á la Providencia que estimamos sus presentes, disfrutando de ellos todo lo posible?

—¡Qué traje!—exclamó María, pasando por detrás de su amiga para contemplarla á su gusto.

—¡Qué vestido!—exclamó á su vez lady Sheridan, que no conocia la envidia,—pareces la diosa de la juventud, y más de una persona será de mi parecer.

El conde frunció las cejas en prueba del mal efecto que le habia hecho esa observacion.

—¡El Sr. marqués de la Florida!—anunció el criado alzando la cortina de seda.

Un extremecimiento nervioso, agitó á un tiempo al conde y á la condesa de Royé, y ambos movieron la cabeza como movidos por un resorte.

El que entraba era un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, de bella figura y tez morena y azulada como la de los americanos. Una hermosa y poblada cabellera negra se rizaba sobre la frente, sus ojos, negros y grandes, se parecian á dos diamantes y nadaban en un globo azulado, de una limpieza y una brillantez extremadas: por bajo su bigote, negro y sedoso, se veian dos lábios de carmin y una dentadura mo-

delo semejante á un collar de perlas de Oriente.

Su alta estatura adquiria una majestad imponente con el traje de rigurosa etiqueta que vestía, y parecia que aquella frente estaba acostumbrada á ceñir una corona imperial.

No obstante, mirando bien á aquel hombre, se conocia que algo de severo, amargo y triste vivia en su interior, que reflejaba en toda su persona.

Dirigióse á saludar á la condesa que se hallaba en la chimenea, y antes de llegar á ella, le envió una mirada tan penetrante que la hizo ruborizar y estremecerse.

A la verdad, comparando al conde con aquel brillante personaje, desmerecia mucho. La fisonomía plácida y un poco fria de Mr. de Royé, lo parecia mucho más al lado de la cara meridional y de aquellos ojos de fuego del marqués de la Florida. Su estatura, que era solo mediana, lo parecia ménos al lado de la elevada de aquél; y sin embargo, el conde tenia en toda su persona el sello indeleble de la buena y antigua raza, y hereditaria hidalguía y caballerosidad, al paso que al través de todas las magnificencias de porte y de belleza, el marqués de la Florida dejaba ver al aventurero.

—¡Aborrezco á este hombre!—dijo el príncipe al oido del conde;—me parece que ha de ser causa de alguna gran desgracia para mí. ¿De dónde dirás que viene?

—Del Brasil,—contestó el conde.—Si á tí te hace mal efecto su presencia, á mí me es tan antipático que voy á salir de Niza con mi mujer por no verlo.

—¿Hace la córte á la condesa?

—Creo que tiene esa osadía.

—Le cortaremos las orejas,—dijo sencillamente Jorge, y como si hablase de la cosa más natural del mundo:—¿por qué le has convidado?

—No debí hacerlo: mas él me obligó: estábamos en el casino y yo hablaba anoche del concierto que íbamos á dar, cuando él se aproximó tan á tiempo que no pude escusarme de invitarlo como á los demás.

—Yo no lo hubiera hecho.

—Le hubieras convidado como yo, á no ser que te resignaras á pasar por una persona sin educacion, lo cual es muy poco agradable. Sabes tú que este hombre es aquí el ídolo de las mujeres y la desesperacion de los hombres.

—Ya lo sé, por su inmensa riqueza.

—A lo menos por los inmensos medios que posee para deslumbrar, y que acaso proceden solo de un orígen vergonzoso.

—¿Qué quieres decir?

—O yo me engaño mucho, ó todos los medios de vivir y de brillar de este personaje proceden del juego.

El conde no pudo esperar la respuesta de su

amigo: los convidados iban entrando, y tuvo que acudir á una señal de su mujer que, en pié al lado de la puerta, estaba recibiendo, y no le era posible atender á todos.

Bien pronto el elegante salon que en el Gran Hotel de Europa ocupaban el conde y la condesa de Royé, se vió guarnecido de una guirnalda de las más lindas y elegantes mujeres que entonces embellecian á Niza.

El salon estaba amueblado con el buen gusto sencillo y artístico que en Niza reina, y que participa de la poesía de Italia y de la coquetería francesa.

Grandes cortinas blancas, no de encaje, sino de fresca muselina bordada; muebles de seda lila y limonero; espejos con luna muy grande y marco muy sencillo; cuadros de Wateau y de Boucher; y, sobre todo, gran lujo y abundancia de flores, tal era el ornato del salon que aquella noche abrian los condes de Royé á sus amigos.

Todas las damas que asistian, pertenecientes á la más alta sociedad, se habian vestido en armonía con la decoracion, por decirlo así. El tul blanco y de colores, la muselina, y como el nomplus-ultra de la suntuosidad, el crespon, hacian el gasto de todos los vestidos. La elegancia reemplazaba al valor positivo: lo más que se habian permitido algunas jóvenes damas eran las perlas y el coral. Pero los diamantes, las esme-

raldas y los rubíes, estaban completamente excluidos, con un buen gusto digno de todo elogio.

Las dos grandes artistas que debian tomar parte en la fiesta eran las que hacian ostentacion de algunos pocos, pero admirables diamantes. Madame Alboni dejaba ver entre dos grupos de negros rizos, dos orejas adornadas de dos *gotas de rocío*, que valian un millon: en tanto que Julia Grissi, cuya poética cabeza estaba sencillamente peinada, lucía al cuello una sarta de las mismas piedras, que brillaban con todos los cambiantes del arco iris.

Se esperaba á la heroina de la fiesta, que no llegaba: á Cármen.

—Esta tardanza es bastante descortés,—dijo el conde á su mujer;—y para enseñarla deberíamos empezar con un duo de hombres acompañado por tí.

—¡Oh, no! ¡Ten un poco de paciencia, amigo mio!—dijo la condesa;—Cármen no tardará. ¿Cómo empezar, si la fiesta se da hoy en honor suyo?

—La señorita Cármen,—anunció el criado.

Todas las conversaciones cesaron: palpitaron todos los corazones; todos los ojos se volvieron á la puerta; los de las mujeres con mayor afan que los de los hombres. Cármen entró en el salon.

Adelantóse el conde á recibirla, y le ofreció

el brazo, que ella aceptó, llegando con su andar gracioso y ligero hasta donde estaba la condesa, que hizo la mitad del camino para llegar á ella. Al hallarse juntas las dos jóvenes, un pintor de gran talento que se apoyaba en la chimenea dejó escapar una exclamacion de asombro: en efecto, no podia imaginarse un contraste más encantador que el que presentaban ambas jóvenes.

La condesa, blanca, suave, pálida, con sedosa cabellera de un castaña claro y brillante, sus ojos azules y su boca de coral rosa, presentaba el tipo de la belleza suave y dulce.

Llevaba la artista un admirable vestido blanco de tul sobre otro de seda, tambien blanco, ambos con una cola más larga que todos los que allí se veian. Grandes ramos de lilas parecian como arrojados por la mano de alguna hada sobre el vestido, y otra hada para sujetarlas las habia prendido con presillas de perlas. Perlas y lilas se enlazaban en la negra y brillante cabellera de la jóven, toda hecha rizos elásticos y sedosos, que caian hasta su desnuda espalda, y su peregrino cuello, un poco largo, pero blanco y torneado como el de un jóven cisne; bajo sus cejas, que formaban un arco dulce y tendido, se abrian sus hermosos ojos negros, cuya mirada era triste y fria. El escote decente de su traje dejaba ver formas muy delgadas, pero de proporciones admirables, y la garganta, adornada

de un gracioso hoyuelo, adquiria mayor elegancia por estar ceñida con una cinta lila, de la que pendia un medallon guarnecido de perlas.

Sus brazos de nácar, medio cubiertos por guantes blancos y largos, presentaban, á pesar de su delgadez, esa hechicera forma de juventud extrema, esa suavidad de contornos que se pierde muy pronto y que jamás ha podido ser propiedad de las mujeres gruesas.

La condesa abrazó á Cármen con un afecto que hizo murmurar por lo bajo á algunas damas, tachándolo de excesivo, y luego la colocó junto á sí, en un pequeño canapé, dejándola un instante para ir á invitar á la Alboni, en tanto que el conde avisaba á Mario.

Cuando este último se dirigió al piano, el señor de Royé fué á ofrecer su brazo á la gran artista para conducirla tambien.

El gran duo de *Los Hugonotes* se cantó como jamás lo ha sido, porque no es posible que haya en el mundo quien interprete como estos dos artistas los apasionados personajes que en la obra inmortal llevan los nombres de *Valentina* y de *Raoul*. Una salva de aplausos siguió al final que se habia escuchado con religioso silencio. La condesa, que acudió al piano para felicitar á madame Alboni, la estrechó las manos con entusiasmo, y Cármen se levantó de su asiento y fué hácia la gran artista.

—Permita usted, señora,—la dijo en el más puro italiano,—que le rinda el homenaje de mi admiracion sin límites.

E inclinándose con una gracia encantadora, besó la mano del astro de la armonía.

—Yo predigo á usted, mi querida niña, una gloria mayor que la que he alcanzado quizá sin merecerla,—dijo madame Alboni;—y se la predigo á usted con la seguridad de que la merece. Y ahora,—añadió,—no se aleje usted del piano, pues creo que le toca la vez de hacernos felices.

En efecto; un gran pianista belga venia á ocupar su sitio para acompañar á la jóven cantatriz: la misma Marietta Alboni la presentó el brazo y la llevó á su sitio; pero al volverse Cármen para desenredar la larga cola de su vestido que se habia prendido á una silla, quedó como petrificada y tuvo que apoyarse en el piano para no caer.

Aquella emocion se la habia producido la vista del marqués de la Florida, en pié á dos pasos de ella, y aquella emocion se cambió de súbito en una radiosa expresion de dicha y bienestar.

Una mirada negra, brillante, llena de vida y de promesas se cruzó entre aquellos dos séres, y Cármen, en pié al lado del piano, tomó la postura modesta y tranquila propia de la seguridad en el talento.

Despues de un sencillísimo preludio del eminente artista que ocupaba el piano, las notas empezaron á caer de sus lábios como las perlas desgranadas de un collar cuyo hilo se ha roto en una copa de cristal. Todos los corazones estaban suspensos de sus acentos: aquella admirable melodía parecia interpretada por un ángel. Sobriedad en las fiorituras, sencillez encantadora de estilo, pureza en las modulaciones, todas estas dotes admirables de la artista, unidas á una voz de seda y de plata á la vez, elevaron á los oyentes al quinto cielo.

Por las mejillas de algunas mujeres se deslizaban las lágrimas, porque no eran solo la garganta y los lábios de la artista lo que expresaban el martirio de la infeliz y delirante *Luccia*, sino su fisonomía, que pintaba de una manera admirable el dolor, la ternura, la desesperacion, la alegría, y todas las impresiones, en fin, que constituian el delirio de la sublime creacion de Donizzeti.

Cuando terminó, estalló el entusiasmo bajo todas las formas: los bravos, las palmadas, los gritos, todo se oyó, olvidándose cada cual de las reglas frias y mesuradas del buen tono. La condesa abrazó estrechamente á Cármen, y las dos grandes artistas que llevaban los ilustres nombres de la Alboni y de la Grissi la colmaron de caricias y de plácemes.

La única persona que permanecia serena en medio del entusiasmo general, era la que lo habia producido. Cármen, terminado su canto, parecia no cuidarse sino muy ligeramente de lo que pasaba en derredor suyo. Su pensamiento se hallaba en otras regiones: su mirada, triste y como vaga, buscaba al marqués de la Florida, que, por su parte, la contemplaba desde lejos con tierna y melancólica expresion.

Cuando le vió, la expresion triste del rostro de Cármen hizo lugar á otra de dicha y de confianza: oyó el duo que cantó la Grissi con su ilustre compañero; una romanza francesa que cantó la condesa con sumo gusto y expresion, y despues pidió permiso para retirarse, pretextando fatiga y necesidad de descanso por tener que cantar en el teatro al dia siguiente por la noche.

Acompañáronla el conde y la condesa hasta la puerta del salon, y el primero siguió dándole el brazo hasta que tomó su carruaje, estacionado en la larga fila que se hallaba delante del hotel.

Al dia siguiente, Cármen recibió tres regalos encerrados en tres estuches de terciopelo.

Era el uno un aderezo completo de brillantes, que valia veintiocho mil duros; éste llevaba la siguiente tarjeta: «El conde y la condesa de Royé.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Otro pequeño con una sortija de esmeraldas, con una carta muy afectuosa firmada por Marietta Alboni.

Y el tercero, conteniendo un rico peine de rubíes, con otra tarjeta que decia: «Julia Grissi.»

Al ver aquellas alhajas, un relámpago de alegría brotó de los hermosos ojos de la jóven artista, que exclamó:

—¡Oh, madre mia! ¿Por qué no estás á mi lado, para que probaras la riqueza en tus últimos años; para que vieras que mi sueño de gloria y de opulencia se ha convertido en una realidad? ¡Oh, madre mia! ¿Por qué no quieres perdonarme? ¡Ah! Tú sola podrias disipar la negra sombra que oscurece la radiosa alegría de mis primeros triunfos!

III.

Cinco años más tarde, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenia lugar en un pequeño aposento retirado en el cuarto piso de una casa de la calle de la Magdalena, en Madrid.

Una anciana, que á primera vista parecia decrépita, le ocupaba. Tan blancos estaban sus cabellos, tan encorvado su talle, que se le daba sin vacilar ochenta años: mas aquel error quedaba desvanecido al mirar sus ojos negros y grandes, en los que ardia un fuego febril, y la altanera expresion de su elevada frente.

Un traje completamente de luto la vestia, envolviéndola en dos largos y severos pliegues; sobre su blanca cabellera llevaba una papalina de crespon adornada de lazos negros como los de las viudas; la débil blancura de su cuello de muselina venia á aclarar aquel sombrío traje, tan sombrío como la expresion de su rostro.

La habitacion no podia ser más pobre: algunas sillas de anea, una mesita de pino, pintada de color oscuro, y una cama sin cortinas constituian todo el mueblaje. A la cabecera del lecho pendia un crucifijo de plata, que abria sus brazos misericordiosos sobre una cruz de ébano. Aquella imágen era una joya artística de gran valor y que parecia como el resto de una antigua y positiva opulencia.

Empezaba Diciembre con sus cierzos helados y llenos de gemidos que turban el silencio de sus tenebrosas noches. La nieve extendia su blanco sudario en las calles de Madrid, y á las nueve de la noche ningun ruido exterior llegaba hasta la mísera habitacion de la anciana.

Sentada ésta al lado de la pobre mesilla, apoyaba en ella su codo y la frente en la palma